

Zaíta olvidó guardar los juguetes¹

Conceição Evaristo²

Traducción de Manuel Barrós³

Zaíta esparció las figuritas en el suelo. Miró con detenimiento cada una de ellas. Faltaba una, la más bonita, la que retrataba a una pequeña niña cargando un brazado de flores. Un perfume dulce parecía emanar de la imagen ayudando a componer el minúsculo cuadro. La hermana de Zaíta hace mucho tiempo que deseaba la figurita y vivía proponiéndole un intercambio. Zaíta no aceptaba. La otra, pensó Zaíta, ciertamente había tomado la figurita-flor. Y ahora, ¿qué hacer? No podría hablar con la madre. Sabía que no habría lugar a reclamo. La madre se molestaría y las golpearía a ambas. Después rasgaría todas las otras figuritas, acabando con la colección. La niña recogió todo medio aburrada. Se levantó, fue al otro cuarto de la casa y volvió con una caja de cartón. Pasó junto a la madre, que llegaba con algunas bolsas del supermercado.

La madre de Zaíta estaba cansada. Tenía treinta y cuatro años y cuatro hijos. Los mayores ya eran hombres. El primero estaba en el Ejército. Quería hacer carrera. El segundo también. Las niñas vinieron mucho después, cuando Benicia pensaba que ya no se embarazaría más. Sin embargo, allí estaban las dos. Gemelas. Eran iguales, igualitas. La diferencia

estaba en la manera de hablar. Zaíta hablaba bajo y lento. Naíta, alto y rápido. Zaíta tenía en sus maneras algo de dulzura, de misterios y de sufrimiento.

Zaíta volteó la caja, y los juguetes se desparmaron, haciendo bulla. Muñecas incompletas, tapitas de botellas, latitas vacías, cajas y palitos de fósforos usados. Removió todo, sin detenerse en ningún juguete. Buscaba insistentemente la figurita, aunque supiera que ahí no la encontraría. El día anterior había rechazado una vez más hacer el intercambio. La hermana ofrecía por la figurita aquella muñeca negra, a la que solo le faltaba un brazo y que era tan bonita. Incluso daba los dos pedazos de crayola, uno rojo y uno amarillo, que la profesora le había obsequiado. Ella no quiso. Pelearon. Zaíta lloró. Por la noche, durmió con la figurita-flor debajo de la almohada. Por la mañana, fueron a la escuela. ¿Cómo la imagen de la niña-flor había desaparecido?

Zaíta miró los juguetes tirados en el suelo y recordó la recomendación de la madre. Ella se molestaba cuando esto sucedía. Golpeaba a las niñas, se quejaba de la casa pequeña y rústica, de la vida pobre, de los hijos, principalmente del segundo.

1 Evaristo, Conceição (2014). "Zaíta esqueceu de guardar os brinquedos". Em *Olhos d'água*. Rio de Janeiro: Pallas; Fundação Biblioteca Nacional, 1a. ed., pp.71-76.

2 Belo Horizonte, 1946. Narradora y poeta, considerada una de las voces afrobrasileñas más importantes de la actualidad. Ha publicado las novelas *Ponciá Vicêncio* (2003) y *Becos da memória* (2006), el poemario *Poemas da recordação e outros movimentos* (2017) y los libros de cuentos *Insubmissas lágrimas de mulheres* (2011), *Olhos d'água* (2014) e *Histórias de leves enganos e parecenças* (2016).

3 El traductor agradece a Percy Prado por sus sugerencias y comentarios que enriquecieron la traducción de este cuento.

Un día Zaíta vio que el hermano, el segundo, tenía los ojos afligidos. Incluso notó cuando él tomó un arma debajo del sillón en el que dormía y salió apurado de la casa. Tan pronto como llegó la madre, Zaíta le preguntó por qué el hermano estaba tan afligido y si el arma era de verdad. La madre llamó a la otra niña y le preguntó si había visto algo. No, Naíta no había visto nada. Entonces, Benicia recomendó el silencio. Que no le preguntaran nada al hermano. Zaíta percibió que la voz de la madre temblaba un poco. De noche, creyó oír algunos disparos de bala allí cerca. Justo después escuchó los pasos apurados del hermano que entraba. Ella se allegó más cerca de la madre. La hermana dormía. La madre se movió en la cama varias veces; en cierto momento se sentó asustada. Después se recostó nuevamente cubriéndose por completo. El calor de los cuerpos de la madre y de la hermana le daban cierto alivio. Sin embargo, no pudo dormir más, tenía miedo, mucho miedo, y le pareció que la madre había pasado toda la noche despierta.

Zaíta se levantó y salió, dejando los juguetes tirados, ignorando las recomendaciones de la madre. Algunos quedaron por el camino, descuidadamente a la vista. La linda muñeca negra, con su único brazo abierto, parecía sonreír feliz en su desamparo. A la niña poco le importaban las cachetadas que pudiera recibir. Solo quería encontrar la figurita-flor que había desaparecido. Buscó a la hermana en la parte trasera de la casa y, decepcionada, solo encontró el vacío.

La madre aún ordenaba los pocos víveres en la vieja alacena de madera. Zaíta tuvo miedo de mirarla. Salió sin que la madre se diera cuenta y tocó en la casa de Doña Fiinha, al lado. La hermana tampoco estaba allí. ¿Dónde estaba Naíta? ¿Dónde se había metido? Zaíta fue de casa en casa por todo el callejón, preguntando por la hermana. Nadie sabía qué decir. Ante cada falta de respuesta su dolor crecía. Fue andando junto con la desesperanza. Tenía el presentimiento de que la figurita-flor no existía más.

El hermano de Zaíta, el que no servía en el Ejército, pero que quería hacer carrera, buscaba otra forma de poder, uno local. Tenía un deseo muy fuerte dentro del pecho. Quería una vida que valiera la pena. Una vida plena, un camino menos arduo y con dinero en los bolsillos. Veía a los suyos trabajar y acumular miseria en el día a día. El padre de él y del hermano mayor gastaba su poco tiempo de vida comiendo polvo de ladrillos, arena, cemento y cal en las construcciones civiles. El padre de las gemelas, que durante años vivió con su madre, trabajaba mucho y nunca tenía dinero en los bolsillos. El joven veía mujeres, hombres e incluso niños, todavía medio dormidos, salir al trabajo y regresar pobres como habían ido, acumulando solo cansancio. Quería, pues, organizar la vida de manera distinta. Había algunos que trabajaban de otra forma y se hacían ricos. Era solo insistir, solo tener coraje. Solo dominar el miedo y seguir adelante. Desde pequeño él venía acumulando experiencias. Joven, aún niño, la madre ni desconfiaba y él ya trazaba su camino. Corría ágil por los callejones, recogía recados, entregaba encomiendas, y con displicencia silbaba una canción infantil, sonido que indicaba que los hombres estaban llegando.

Zaíta andaba de callejón en callejón buscando a la hermana. Lloraba. Algunas personas conocidas preguntaban por qué estaba tan lejos de casa. La niña se acordó de la madre y de lo molesta que debía estar. Iba a castigarla mucho cuando volviera. No le importó aquel recuerdo. En ese momento, ella buscaba en su memoria cómo la imagen de la niña-flor había nacido en su colección. La figurita podía haber venido en uno de aquellos sobres que el hermano, el segundo, a veces compraba para ella. ¿Quién sabe si había venido entre las repetidas que la madre recibía de la hija de la patrona, o incluso si era fruto de algún intercambio que Zaíta había hecho en la escuela? Pero también podía ser parte de un secreto que no le había contado ni a su igual, Naíta. La figurita podía ser una de aquellas diez, que había comprado un día con

una moneda que había tomado de la madre, sin que esta lo notara. Zaíta por más que se esforzara, volviendo sobre sus recuerdos, no conseguía recordar cómo la figurita-flor se había vuelto suya.

La madre de Zaíta guardó rápidamente los pocos víveres. Tuvo la sensación de haber perdido alguna moneda en el supermercado. Imposible, había llevado la mitad del salario y no podría comprar casi nada. Estaba cansada, pero tenía que aumentar sus ingresos. Iba a conseguir trabajo para los fines de semana. El primer hijo nunca pedía dinero, pero ella sabía que él lo necesitaba. Y sin que el segundo lo supiera, Benicia colocaba un poco de sencillo debajo de la almohada para él, cuando este venía del cuartel. Estaban también el alquiler, los recibos de agua y de luz. Estaba también la hermana con los hijos pequeños y con el hombre que ganaba tan poco.

La madre de Zaíta, a veces, llegaba a pensar que el segundo hijo tenía razón. Le daban ganas de aceptar el dinero que él siempre le ofrecía, pero no quería pactar con su elección. Orgullosamente, no aceptaba que él contribuyera con nada en casa. Sin embargo, estaba llegando a la conclusión de que un trabajo como el de ella no solucionaba nada. Pero ¿qué hacer? Si se detuviera, el hambre vendría aún más rápido y voraz. Benicia, al percatarse de la ausencia de las niñas, interrumpió sus pensamientos. No oía las voces de las dos hace un buen rato. Debían de estar entretenidas en algún arte. Sintió cierto temor. Vino andando afligida de la cocina y tropezó con los juguetes tirados en el suelo. La preocupación anterior se convirtió en molestia. ¡Mierda! ¡Todos los días tenía que decirles lo mismo! ¿Dónde se habían metido las dos? ¿Por qué habían dejado todo tirado? Tomó la muñeca negra, la más bonita, a la que solo le faltaba un brazo, y le arrancó el otro, luego la cabeza y las piernas. En pocos minutos la muñeca estaba destruida; cabellos y ojos arrancados. La otra niña, Naíta, que estaba en la casa de al lado escuchando los gritos de la madre, volvió afligida. Fue recibida con cachetadas y empujones. Salió llorando para buscar a Zaíta. Tenía dos penas que contarle a su hermana e igual. Había perdido algo que Zaíta apreciaba mucho. Por la mañana, había tomado

la figurita debajo de la almohada. Quería sentir de cerca el perfume. Y ahora no sabía dónde estaba la flor. La otra pena era que la madre se molestó porque los juguetes estaban tirados en el suelo y de cólera ella había destrozado aquella muñequita negra, la más linda...

En los últimos tiempos en la favela, los tiroteos se daban con frecuencia y a cualquier hora. Los miembros de los grupos rivales peleaban para asegurar sus lugares y territorios. Aún había el enfrentamiento constante con los policías que invadían el área. El hermano de Zaíta lideraba el grupo más joven, aunque más armado. Él quería solo para sí el área cerca de su casa. El ruido seco de las balas se combinaba con el alboroto infantil. Los niños seguían la recomendación de no jugar lejos de casa, pero a veces se distraían. Y, entonces, no solo probaban los caramelos endulzados, suaves, que se derretían en la boca, más aún aquellas balas que les disolvían la vida.

Zaíta seguía distraída en su preocupación. Un tiroteo más comenzaba. Un chico, antes de cerrar violentamente la ventana, hizo una señal para que ella entrara rápido en cualquier casa. Uno de los contendientes, al notar la presencia de la niña, imitó el gesto hecho por el chico, para que Zaíta buscara abrigo. Sin embargo, ella solo buscaba su figurita-flor... En medio del tiroteo la niña seguía. Balas, balas y balas brotaban como flores malditas, hierbas malignas suspendidas en el aire. Algunas dejaron marcas en el cuerpo de la niña. Y en un minuto todo acabó. Hombres armados desaparecieron entre los callejones silenciosos, ciegos y mudos. Cinco o seis cuerpos, como el de Zaíta, yacían en el suelo.

La otra niña seguía afligida buscando a la hermana para contarle sobre la figurita-flor desaparecida. ¿Cómo contarle también sobre la muñequita negra destruida?

Los habitantes del callejón donde había sucedido el tiroteo ignoraban los otros cuerpos y recogían solo el de la niña. Naíta demoró un poco en entender lo que había sucedido. Y al acercarse a la hermana, gritó entre la desesperación, el dolor, el espanto y el miedo:

—¡Zaíta, olvidaste guardar los juguetes!